



Homilía de 13 de septiembre de 2020

24° Domingo Ordinario A

Padre J. David Carter, JCL, JV

Siete veces parece mucho. Siete veces parece mucho perdón y misericordia. Y, sin embargo, siete veces no es suficiente según Jesús en el Evangelio de hoy. Jesús nos enseña en otra parte del Evangelio que la medida con la que midamos nos volverá a medir. ¿Queremos ser perdonados? Entonces será mejor que perdonemos. Él también nos enseña a orar diciendo: “Perdona nuestras ofensas como nosotros perdonamos a los que nos ofenden”. En el Evangelio de hoy, cuando se le pregunta con qué frecuencia debemos perdonar, da una respuesta muy contundente. No siete veces, sino setenta veces siete.

Imagina que alguien te golpea. Duele. Pasa factura. Quieres devolver el golpe. Pero la sabiduría enseña a perdonar. Todos podemos entender que a veces las personas hacen cosas que no deberían. Lo entendemos, porque también nosotros hemos hecho mal. Entonces, perdonamos la primera vez, tal vez incluso la séptima. ¿Pero cuánto es demasiado? ¿Qué sucede cuando nos han golpeado por cuatrocientos noagésima vez? El llamado a la misericordia no es un llamado a convertirse en un felpudo para que todos puedan caminar. En cierto momento debemos ejercer la prudencia y no ponernos en situaciones en las que la gente nos trate mal. Pero nunca significa que podemos querer el mal sobre nuestro prójimo. Si esperamos ser perdonados, debemos perdonar.

Todos queremos ser perdonados. Pero, ¿qué significa realmente perdonar a la luz del claro mensaje de misericordia de nuestro Dios hacia los demás? La respuesta que da Jesús es sencilla. Si esperamos que Dios nos perdone, debemos estar dispuestos a perdonar a los demás.

Para comprender las palabras de Jesús, debemos comprender el contexto judío en el que fueron escritas.

¿Cuánto le debía el sirviente? La traducción al español que tenemos dice “debía muchos talentos.” Pero el griego en realidad dice que fueron diez mil talentos. Un denario es el salario de un día. Un talento valía seis mil denarios. Por lo tanto, si el sirviente debe diez mil talentos, esto equivale a sesenta millones de denarios y le tomaría ciento sesenta mil años pagarlo. En otras palabras, esta es una deuda imposible de pagar. Esto hace que el perdón del rey sea un acto tan magnánimo y misericordioso. Pero aquí debemos hacer una nota importante. Por cada acto de misericordia hay un precio. No es magia. No es solo un truco de desaparición. Si el rey perdona al siervo su deuda, no significa que la deuda desaparezca. El rey pierde su dinero con el sirviente para liberarlo de la deuda. ¿Te imaginas lo que se puede hacer con sesenta millones de dólares? Eso claramente tiene que lastimar al rey para perder tanto dinero. La misericordia implica asumir la deuda a sí mismo. Muestra cuánto amor tiene este rey por el sirviente. Ésta es la verdadera naturaleza de la misericordia. Misericordia significa estar dispuesto a sufrir en lugar del otro.

Este ya es un gran mensaje. Jesús está diciendo que nuestro Dios es como el rey de la parábola. Él es misericordioso con aquellos que no pueden pagar sus propias deudas. Está dispuesto a sufrir por ellos. Pero la historia continúa después de eso y aquí es donde se pone difícil para nosotros. Escuchamos que este siervo recién perdonado, cuya deuda era imposible de pagar, luego exige el pago de su compañero, cuya deuda es mucho menor. La cantidad que le debe su compañero equivale a una deuda de solo cien días de salario. Esta es en realidad una suma manejable. Y, sin embargo, no muestra la misma misericordia a su consiervo que él mismo había recibido. No estaba dispuesto a asumir una pequeña cantidad de sufrimiento en nombre del otro que era como él, incluso después de que alguien le hubiera quitado su carga imposible. Esto es lo que causa de su condenación. “Y el señor, encolerizado lo entregó a los verdugos para que no lo soltaran hasta que pagara lo que debe”. Jesús concluye su parábola con esta fuerte exhortación: “Pues lo mismo hará mi Padre celestial con ustedes, si cada cual no perdona de corazón a su hermano”.

La realidad es esta. Tenemos la deuda del pecado con Dios y nunca podremos pagarla. Así como diez mil talentos estaban más de la capacidad del siervo para pagarle al rey, así también nuestra deuda de pecado está más allá de nuestra capacidad de satisfacer ante Dios. La deuda es por el pecado original y por todos nuestros pecados



personales contra Dios y contra el prójimo. Jesús, como Rey, se ha ofrecido a tomar esa deuda consigo mismo en la cruz. Él paga el precio con su sangre inocente derramada por los pecadores. Tenemos acceso a este tesoro infinito de misericordia cuando se lo pedimos con nuestra humilde contrición, arrepentimiento y confesión de nuestros pecados.

Pero al igual que en la parábola, hay más en la historia. Nuestro Señor vincula claramente nuestro propio perdón con el perdón que hacemos a los demás. Si nos confesamos, somos perdonados. Pero entonces no podemos esperar seguir guardando rencor contra nuestro vecino. Así como somos perdonados, debemos perdonar a los demás. Entonces, hacemos la pregunta, “¿Cómo perdono a alguien de mi corazón?” Esto es algo con lo que mucha gente lucha. Puede preguntar, “si alguien me lastima, debo perdonarlo, pero ¿debo también olvidar lo que hizo y simplemente tratarlo como si nada hubiera pasado?” La respuesta es que estamos llamados a ser prudentes incluso siendo misericordiosos. La misericordia no olvida la prudencia. El catecismo nos enseña, “No está en nuestra mano no sentir ya la ofensa y olvidarla; pero el corazón que se ofrece al Espíritu Santo cambia la herida en compasión y purifica la memoria transformando la ofensa en intercesión”. CCC 2843. Misericordia significa estar dispuesto a sufrir en lugar de otro. Podemos convertir nuestras heridas en una ofrenda para que el otro no se vaya al infierno por lo que hizo. ¿Estarías dispuesto a experimentar dolor para que tu ser querido se salve? Estoy seguro de que la mayoría de nosotros lo hacemos felizmente. Pero Dios nos pide que incluso tengamos este tipo de amor por nuestros enemigos. Como cristianos, nunca podemos condenar a una persona al infierno. El momento en que deseamos que alguien esté en el infierno por lo que ha hecho es el momento en que nos juzgamos a nosotros mismos. Si Dios no quiere la muerte del pecador, sino que juzga que se convierta y viva, tampoco nosotros debemos querer la muerte eterna del pecador que nos ha herido. El primer paso para perdonar de corazón es dejar que Dios tenga misericordia de la persona que te ha lastimado. Esto significa al menos desear que esta persona que te lastimó no experimente los dolores eternos del infierno. Este es un buen primer paso. Diga, “esta persona me lastimó. No me gusta. Estoy enojado. Pero, Dios, Dios mío, porque yo quiero ir al cielo y sé que no quieres que nadie vaya al infierno, ruego, al menos, que esta persona no sufra los dolores eternos del infierno por sus pecados.” Este es un buen comienzo. Pero también es el único camino a la verdadera paz. El Papa Francisco nos enseñó en su libro *El rostro de la misericordia* que, “Esta parábola contiene una enseñanza profunda para todos nosotros ... En resumen, estamos llamados a mostrar misericordia porque primero se nos ha mostrado misericordia ... Para nosotros los cristianos es un imperativo del que no podemos excusarnos. ¡A veces, qué difícil parece perdonar! . . . el perdón es el único camino para vivir con alegría.”

Cuando Jesús nos dice que perdonemos setenta veces siete es porque quiere compartir con nosotros la alegría del Evangelio. La paz viene de reconocer que Dios nos ha liberado de una deuda imposible con su amor generoso y abnegado. Liberados ahora de esta deuda, estamos llamados a ir y hacer lo mismo con todo lo que encontremos. Este es el único camino hacia la verdadera paz en nuestro mundo.

Así sea, Amén.